

El señor Verdura era agrio como la col rizada y amargo como la rúcula.

No es que el señor Verdura fuese vegetariano ni tuviese un huerto ecológico ni un puesto en el mercadillo.

Eso sí, tenía una nariz chata que se escondía entre los dos anchos pómulos y su poblado bigote.

Pero no te imagines al Señor Verdura almorzando potajes de lentejas o tomando un caldo de cilantro o absorbiendo sopa de rábanos.

Eso sí, tenía una boca pequeña por la que salían pocas palabras y cuando lo hacían, no eran precisamente amables o cariñosas.

No creas que el señor Verdura era una mala persona, tampoco es eso. Algo distante con los conocidos y desagradable con los que no conocía.

No sé si te he contado que casi siempre iba con una chaqueta verde que le llegaba a las rodillas. Cuando se sentaba en el banco del parque a la hora del medio día y abría el libro que siempre cargaba bajo el brazo, la gabardina rozaba el suelo; porque, eso sí, el señor Verdura, otra cosa no, pero, leer, leía bastante.

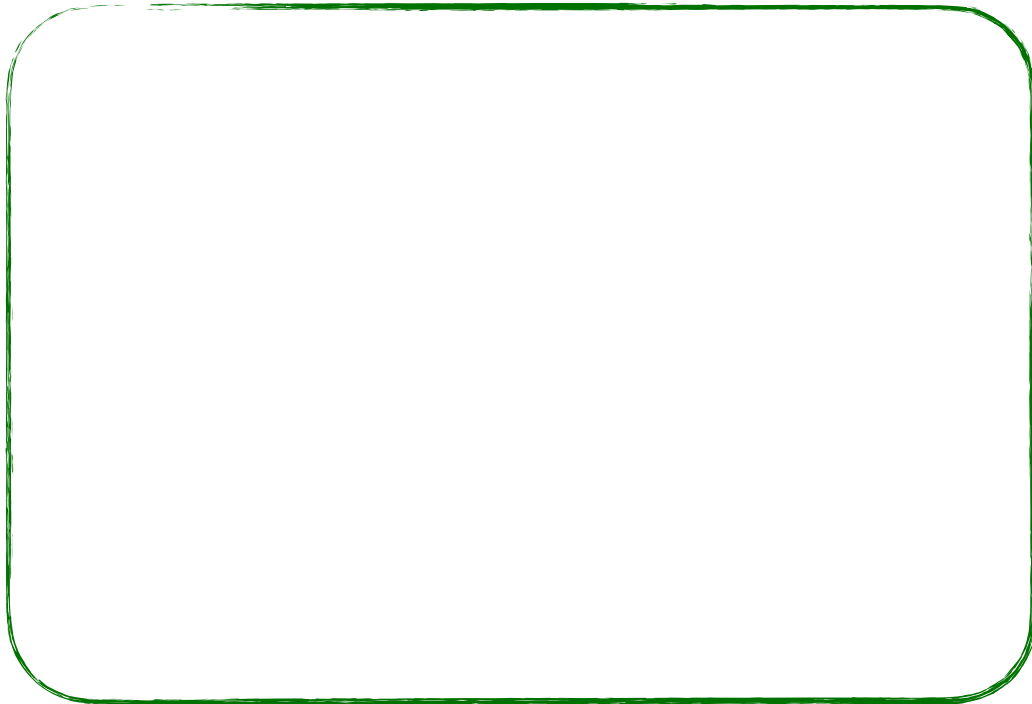
No pienses que el señor Verdura se llamaba así por su chaqueta esmeralda que le cubría la espalda; simplemente su padre se llamaba José Verdura Coll, con dos eles; y su madre María Almendro Perales.

Vivía cerca de la calle del Mercado, número 10, que es justo a la hora a la que salía a dar su paseo, con su lustrosa chaqueta, su populoso bigote, su libro bajo el brazo, su mal humor y nada más. Porque el señor Verdura estaba solo.

La alegría se practica, los abrazos se entrenan, las sonrisas se ejercitan, te acostumbras a decir «buenos días» o «buenas tardes» o «por favor» o «gracias» o «te quiero». Debes adiestrarte a escuchar a los demás, a ensayar las caricias... ¿Y cómo va hacer todo eso el señor Verdura si está solo? Uno termina olvidándose de las cosas que no hace, aunque sean importantes.

Un día, estando en el parque leyendo tranquilamente, comenzó a llover de manera repentina. Se le mojó el bigote, la nariz chata y se le empaparon los labios con la dulce agua que caía con fuerza.

Eso sí, las páginas del libro comenzaron a mojarse. El agua caló en cada página, en cada línea y las letras empezaron a diluirse y un hilo de tinta, al principio y un chorro después, caía del libro formando un gran charco negruzco en el suelo.



El señor Verdura, corrió a guarecerse debajo de un jacarandá al que le habían colgado de sus ramas más altas unas luces que parpadeaban anunciando que pronto llegaba la Navidad.

Cuando pudo secarse la cara con sus manos y coger un poco de resuello, comprobó como el charco de tinta comenzó a transformarse en una pantera, que de un salto se colocó, moviendo el rabo de un lado para otro, delante del señor Verdura.

—¿Quién eres? —balbuceó tembloroso, casi no se acordaba como se hablaba...

Al señor Verdura le costaba entender lo que le estaban diciendo y escuchaba como si estuviese bajo el agua. ¿Se acuerdan? ¡Se había olvidado de escuchar!

—Me llamo Bagheera.

—¿Eres la pantera?

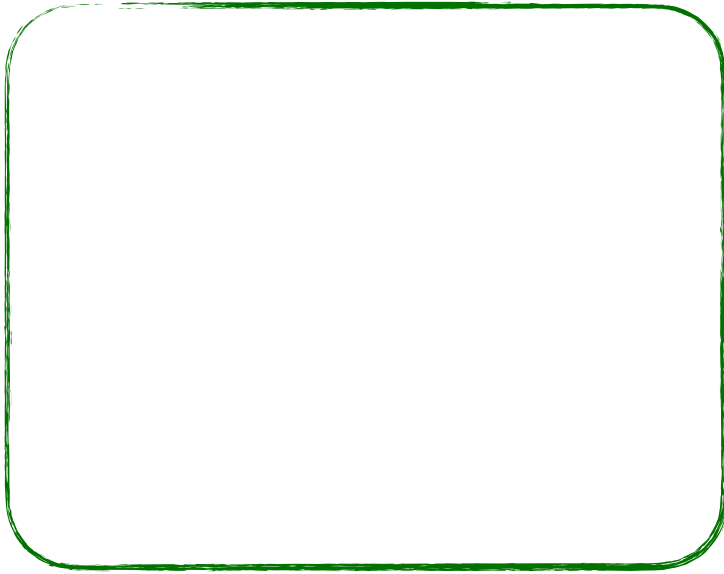
—Así es y vengo a terminar de contarte toda la historia, la de «El libro de la Selva», que te estabas leyendo. Sé perfectamente por dónde te quedaste y cómo sigue.

Y el felino se sentó sobre sus dos patas traseras y se mantuvo erguido y siguió narrando las aventuras de cada uno de sus compañeros del libro.

Eso sí, al principio al señor Verdura le costó seguir la narración de Bagheera, ¡eran demasiadas frases juntas y todas a la vez! Pero las palabras de la pantera comenzaron a golpear el muro que se le había formado en sus oídos y en su corazón. Era una pared gruesa y resistente, formada por muchos años de soledad impuesta.

Las palabras llegaban y ¡pam! iba derribando uno a uno los sólidos ladrillos que el señor Verdura fue colocando a lo largo de sus años de tristeza.

Cuando dejó de llover, también Bagheera terminó la historia y salió el sol de nuevo y el animal, se evaporó.



El señor Verdura regresó a su casa, eso sí, antes paso por la peluquería y se quitó el bigote poblado que le ayudaba a esconderse de la gente; y aunque le costó un poco, lo pidió por favor y después de pagar se le escapó un «gracias». Saludó tímidamente a sus vecinos que lo miraban asombrados y se quedaban boquiabiertos. Abrió y corrió las cortinas de

su casa para que entrara algo de luz y se puso delante del espejo a ensayar eso que llamaban «sonrisa».

Sigue yendo al parque sobre las 10 a leer, con esa chaqueta verde esmeralda que tanto le gusta. Eso sí, en ocasiones, lee en voz alta en el parque, porque sabe que las palabras al vuelo y libres, derriban muros y paredes gruesas, que nos hace encerrarnos y vivir en soledad sin quererlo.

---

© del texto Daniel Martín Castellano



Reconocimiento - No Comercial (by-nc)

Esta licencia permite la generación de obras derivadas siempre que no se haga un uso comercial de las mismas. Tampoco se puede utilizar la obra original con finalidades comerciales sin el permiso expreso del autor.